

1

MI PRIMERA VISITA al local sindical se produjo sin grandes solemnidades. Era un lunes, casi seguro y una poderosa ventolera barría la ciudad, que crecía perezosamente hacia los cuatro costados. En la esquina, las puertas del Club de Motociclistas no se abrían aún. A esa hora, supuse, sus afiliados entregaban mensajes, acechaban a algún adversario o se abrían paso entre la muchedumbre. A la entrada del local sindical un hombre joven y fornido, cuya frente atravesaba una sola ceja negra y que me hizo pensar en *El judío errante* de Sué, teclaba adusto en una máquina de escribir. Le hice una pregunta y su respuesta, ligeramente hosca, me condujo al patio central del caserón. Pude ver que una intensa actividad dominaba el lugar. Todos los cuartos se miraban ocupados, así como el patio, un rectángulo hendido por un triángulo de luz. Una multitud en acción, pensé. Me pregunté de dónde sacaban tanta energía: en los últimos treinta años no se había visto tanto ajeteo en la

ciudad. Preguntando aquí y allá di con mi contacto. Era una obrera joven de cabellos cortos. La miré a los ojos y descubrí un dínamo.

—Me llamo José, dije con cierta torpeza.

Era la primera vez que empleaba ese nombre. Ella se llamaba Mimi, me agarró de la manga y me arrastró al centro de un círculo de obreros jóvenes que parecían enfrascados en distintas ocupaciones: buscarse apodos, acribillarse con dardos de papel comprimido con saliva, forcejear, proferir gritos hirientes. De inmediato supe que me habían puesto en las manos una pelota de barro ordinario, tosco, sin esperanza. Mi primer gran error fue creer que tenía algo que enseñarles. Hablé como un loro por cinco minutos, convocando todas las experiencias de mi vida, la mayoría de ellas lastimosas y sin relación alguna con aquel negocio. Por alguna razón se me vinieron a la mente las putas y su implacable sentido de la realidad, tan superior al mío y al de cualquier otro conocido, y soñé con el día en que una de ellas pudiera ser mi asesora en asuntos de la vida. Cuando paré de hablar descubrí que al menos había logrado captar la atención del grupo, aunque algunos gañanes continuaron arrojándose pelotitas de papel ensalivadas. El que parecía ser el más listo, el cabecilla (era el secretario general), intentó hacer una exposición pormenorizada de sus problemas, que eran muchos y harto desagradables. Costaba seguirlo, pero es que siempre me ha costado mucho seguir un monólogo por más de tres minutos. Abarco mucho mejor un paisaje —un relámpago, por ejemplo. Al acabar las exposiciones y pasar a la parte de los planes (una huelga, en resumidas cuentas), supe que me enredaba en un lío portentoso, un callejón maloliente, angosto, áspero, objetivo muy lejano a mis intenciones originales, mucho más románticas. ¿Qué era yo, al fin y al cabo? ¿Qué buscaba? Con el tiempo mis preguntas serían contestadas, como le

sucede a cualquiera que se asaeate de la misma manera. La única certeza del momento se resumía así: lo ignoraba todo sobre la condición humana, pero no se miraba una buena alternativa por ningún lado. La época era una máquina sin reversa, sin frenos y sin manubrio. A pesar de mis limitaciones, aprendí una cosa ese día: el final de toda reunión es lo verdaderamente relevante, cuando se dicen las cosas que importan, las que lo pueden cambiar a uno. Varios personajes se acercaron a mí. Quizá intuían mi inocencia, mis buenas intenciones... o la torpeza que pudiera ponerlos en peligro. La fase sería de la tarde había terminado y pude trabar contacto con personas de carne y hueso, que se acercaron a confiarme sus problemas, cuestiones concretas para las que no tenía solución alguna.

Toda reunión de tres o más personas acarrea riesgos personales: es tan fácil esconder el alma. Mi problema, repito, es que no era un ser práctico, sólo sabía largar discursos más o menos articulados de cinco minutos, quizá diez, y aunque me gané temporalmente la confianza de aquella gente, distaba mucho de poder aportar respuestas tangibles, guías de acción valederas para la época. Era tan joven como ellos, y mucho más ignorante. Mi única ventaja era haber leído *La Odisea*, *El romance sonámbulo* y un poema llamado *Sólo la muerte*.

Cuando salí a la calle sentí como si hubieran transcurrido veinte años. Igual le pasó a Rip Van Winkle, sólo que yo, en vez de sumirme en un profundo sueño como el personaje de Irving, sentí que empezaba a despertar... ¿O sería otro sueño? Había anochecido. Varios miembros del Club de Motociclistas se apiñaban en la calle y charlaban animadamente. Caminé. El peso de las nuevas responsabilidades empezó a platearme las sienes. Alucinaba o ¿es que otra ciudad resonaba bajo las suelas de mis zapatos, como

si la que yo conocía se hubiera convertido en un tambor colosal? Mi padre falleció en un temblor que azotó el oriente del país cuando se encontraba en viaje de negocios, así que vivía solo con mi madre, que se ganaba la vida impartiendo clases de canto y piano. La mejor época del año para ella era el tiempo de las clausuras escolares, cuando se obliga a los estudiantes a participar en obras y veladas insulsas: era lo que pasaba por arte en mi provincia. Para colmo, contadas familias burguesas enviaban a sus hijos a recibir clases de piano. La mayoría preferían el motocross.

Cerca del local sindical había un parque, poblado de día y de noche por obreros que aguardaban el autobús, estudiantes fugados de clase que quemaban sus hormonas jugando basquetbol en las canchas, borrachos y niños huelepega. A dos cuadras de ahí redescubrí el viejo cine al que solía llevarme mi madre cuando niño. Se había deteriorado hasta el punto de lo irreconocible, y ahora sólo pasaban en él viejos filmes mexicanos para una audiencia muy distinta —domésticas y policías— a la de mi niñez. Aún así esas proyecciones no dejaban de tener algo fascinante: se hablaba en ellas un español distinguido, el de mediados de siglo, antes de que las series mexicanas de televisión vinieran a empobrecernos. Al pasar junto a la sala resultó ser más pequeña y fea de lo que recordaba. Al otro lado de la pantalla de proyecciones, por ejemplo, no había sino una pared descascarada cubierta de pintas alegóricas de la época. Después de dar un rodeo de despiste, pues los policías y los orejas andaban muy activos ese año, abordé una de las máquinas que llevaban a mi colonia. Aunque se trataba del recorrido lúgubre de siempre, un fuego nuevo ardía en mi pecho. Al apearme del autobús caminé entre sombras y pinares queridos, incluido uno que otro ciprés, especie aún más querida, que, como de costumbre, me dieron la bienvenida agitando sus brazos como niños que

juegan en la calle. Esta vez, sin embargo, me preguntaron intrigados qué me había ocurrido. Me notaban cambiado.

—Algo nos ocultás, declaró uno de ellos como dirigiéndose a un Judas.

En respuesta, lancé una bocanada de humo en dirección de Sirio y mencioné el efecto que me produjo descubrir el deterioro aparentemente irreversible de mi querida sala de cine, aquella donde me llevaba mi madre cuando niño. Eso bastó. A mitad de la vieja calle arbolada entré al que entonces era mi hogar, no sin antes dirigir un vistazo a la casa de Lupita: las luces de su sala aún estaban prendidas. Sin duda el nuevo pretendiente se encontraba ahí.

Al verme entrar, mi madre supo que algo inusual pasaba conmigo: las madres poseen un olfato especial para todo lo que tenga que ver con el destino de sus hijos. No dijo nada, me recalentó la cena (chorizos españoles y arroz) y después de oír juntos el último noticiero nocturno por la radio, cada quien se hundió en su sarcófago de sueños.

2

LA HUELGA FUE UN ÉXITO. La mayoría de los obreros paró, el gerente general estuvo a punto de sufrir un infarto, los perros se quedaron estupefactos. Pero también fue un fracaso: despidieron a la mitad de los empleados, incluido el secretario general. Comprendí que el movimiento tardaría en rehacerse. Lamentablemente no podíamos ir a emborracharnos —los nuevos principios lo prohibían— así que de consuelo, el secretario general y yo acompañamos a Mimi a su casa en las afueras de la ciudad. Más interesante que la conversación que sostuvimos, de la que nada recuerdo, fue el largo recorrido a pie: calles empedradas, viviendas derrengadas por la pobreza, jaurías congregadas en las esquinas, miedo. Me gusta sentir miedo: es lo que hace la vida interesante. Pues bien, al llegar a su casa, Mimi nos invitó a pasar. Comimos casamiento y garras de pollo (esto último casi me hace vomitar) preparada por la hermana menor de Mimi, que también era obrera. A dife-

rencia de Mimi, que entonces trabajaba como dependiente de un almacén, Ana Gladys se arruinaba la vida en la industria textil, enganchada a una máquina que la ordeñaba sin misericordia ocho horas al día. Comía ayudándose con los dedos, con manifiesto desprecio de los cubiertos, hábito propio de culturas desacostumbradas al consumo de carne. Aunque era la hermana menor, sobrepasaba en altura a Mimi: no sé por qué me alegré al descubrir que me llegaba hasta la altura de las sienes. La altura perfecta. Era frágil, bella, espigada. Escuchaba nuestra conversación sin pronunciar palabra y al mismo tiempo medía la talla humana de los dos extraños con descaro, sin tapujos. Cuando sus grandes ojos de venadito, negros y cautivantes, se hundieron en los míos, sentí como ha de sentirse un cuerpo de agua en el que cae un pez extraño y fascinante. Yo también me dediqué a medirla, no voy a negarlo. Que era lista lo supe de inmediato, y adivinando su inteligencia me pregunté si alguna vez sería posible contar con una dictadura que ofreciera oportunidades a las jóvenes listas de mi país, que desplegara cuadrillas de celosos cazadores de talento para recorrer las escuelas, los parques, los burdeles y las factorías del país, con la única y delicada misión de detectar y reclutar a los seres brillantes que todo país posee, rescatarlos de las tinieblas y brindarles una oportunidad. Era lo menos que podía hacer un país tan pequeño, invertir en su talento. Algún genio saldría de ello aunque tomara cien años. Comprendí, sin embargo, que no sería posible que el grueso de los habitantes del país fuera convocado por los buscadores del Ministerio del Talento, tan sólo una ínfima parte lo sería. Esto, como se comprende, bastaría para desatar enormes resentimientos. Algunos padres tratarían de sobornar a los reclutadores, y si se toma en cuenta la inexperiencia del personal, la novedad del proyecto y la condición humana, habría injusticias a granel. De haber

existido tal régimen en el momento que conocí a Ana Gladys y de haber sido yo uno de los reclutadores, de seguro ella habría estado entre las escogidas, pero a falta de esas circunstancias utópicas decidí ponerla bajo mi cuidado. Nadie me autorizó a hacerlo, pues mis ideas estaban demasiado adelantadas para mi época, pero obrando por cuenta propia, me resolví a reclutarla y prepararla para una nueva forma de ser. Al final de la cena la muchacha describió con mucha agudeza, y abundante sentido del humor, las condiciones de ITES, la fábrica donde trabajaba, así como la naturaleza perversa de sus capataces. Ya antes me habían mencionado el hecho de que el gerente de ITES sólo contrataba obreras jóvenes y bonitas, lo cual comprobé deslumbrado la tarde en que, invitado por Ana Gladys, asistí a una reunión plenaria del sindicato.

Varios días después de este encuentro, y no pudiendo hallar a Ana Gladys en ninguna de mis visitas al local sindical, me presenté una noche en la casa de las hermanas con un regalo para ella: *Don Quijote de La Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra, un español del siglo XVI, uno de mis siglos favoritos. Ana Gladys y yo lo leeríamos juntos, y en las discusiones subsiguientes a cada lectura, ella me enseñaría algo sobre la vida y el destino. Tomé el ejemplar de la librería de mi tío, el único hermano de mamá. Era abogado y estaba tan ocupado últimamente en sus casos que ya no leía sino documentos legales. Lástima. De todas maneras, le agradecí a mi tío que me hubiera entusiasmado con la lectura en mi niñez y que me defendiera de mi propio padre, el cual, aunque hablaba con respeto de la literatura y de ciertos escritores (Dumas padre y V. Hugo, por ejemplo), veía con recelo mi amor por los libros. Mi padre era un hombre pragmático y su mayor deseo era que yo fuera comerciante, como él.

Toqué a la puerta pero nadie salió a recibirme. Esperé arrimado contra el metal por un tiempo indefinido, erecto, fumando y estudiando los ires y venires de la jauría del barrio, que se había puesto como loca a causa de la luna llena. En todo lo demás, los integrantes de este colectivo semejaban ciudadanos normales y corrientes: únicamente aspiraban a llevar una vida decente y sin discordias con los vecinos. Estando a punto de marcharme, descubrí a Mimi que trepaba la cuesta. Me reveló que Ana Gladys estaba participando en la toma de una fábrica desde hacía varios días. No bien salía del trabajo se marchaba a la toma, donde pasaba la noche entera. El día anterior había estado en casa, pero después de bañarse y mudarse de trapos volvió a la huelga. Mientras preparaba la cena, Mimi me explicó que aquella era una toma muy difícil: la patronal se negaba a conceder ni una sola de las reivindicaciones de los trabajadores y los compañeros no habían tenido más alternativa que ocupar la planta y retener al gerente y a un puñado de los ejecutivos de la compañía. Mimi me explicó cómo llegar ahí, y después de cenar las sardinas fritas con huevo que preparó Mimi, me encaminé a la toma.

En noches de luna llena puedo caminar por horas sin cansarme e incluso me siento invulnerable, pero en cierto momento de la marcha —sucede en toda ciudad— tuve que encaramarme a una máquina. La poblaban obreros del primer turno de regreso a casa después de tomarse unos tragos y desahogarse entre boquitas baratas, y policías. La ciudad se estaba llenando de policías. Resultaba fácil detectarlos: eran los únicos que llevaban los zapatos bien lustrados. En esos años, muchas guayaberas fueron importadas para ellos. Era una prenda perfecta para ocultar un revólver. El viaje fue largo, sonámbulo. Tras recorrer sucios y largos corredores de un laberinto lúgubre, la máquina se deslizó por un ancho bulevar industrial. Era la faz

pública que los propietarios del país cultivaban en ese momento: grandes rótulos neón y grama verde perico podada a la manera del rape militar. Mucho antes de arribar a las inmediaciones del aeropuerto militar, que consistía de una sola pista de asfalto, me apeé en el lugar indicado por Mimi. Lancé una mirada de despedida a la máquina y a mis compañeros de viaje, carne de cañón del proyecto de sustitución de importaciones entonces en boga.

En aquellos días, las fábricas todavía se miraban como fábricas y los cuarteles como cuarteles. Al coronar la loma que me había indicado mi futura cuñada, avizoré varios galerones de aspecto fabril. También podían tomarse (jugadas que nos hace la luna) por barcos a la deriva poblados por leprosos sin esperanza. Recordé una escena del relato de Arthur Gordon Pym: el encuentro con el buque en alta mar, los brazos que se agitan a lo lejos en aparente saludo, y que al final resultan ser los de un pestilente cadáver agitado por el cuervo que le devora las entrañas. Me dirigí al galerón más cercano. Un viejo con un machete al cinto emergió de una caseta y me indicó cómo llegar al lugar buscado. Era el cuidador del lugar, prudente a pesar de su arma, como quien está a punto de jubilarse. Llegué al objetivo, hice retumbar las puertas de lámina y mencioné al compa que me abrió el portón que yo era conocido de Mimi. Me permitieron entrar, pero no sin una pizca de desconfianza: no tenía el aspecto derrengado de un obrero. Una vez dentro del local eché una mirada de reconocimiento: máquinas textiles se sucedían en un galerón largo y sofocante alumbrado con lámparas fluorescentes del tamaño de fémures. Llegué justo en el momento en que los huelguistas se aprestaban a estrellar los puños contra la oficina de la gerencia de la fábrica, acompañados por una orquesta de tambos, latas y otros materiales con propiedades estridentes. Mostré mi sorpresa y pedí que me explica-

ran qué extraña costumbre era aquella. Me contestaron que se trataba de no dejar dormir a los ejecutivos que mantenían bajo encierro. Cada hora, los huelguistas se agolpaban frente a la oficina como perversos diablecillos y la aporreaban con furia, a la vez que le recriminaban a sus explotadores los malos tratos y el desdén que les hicieron padecer por años. De repente, la puerta de la oficina se abrió y descubrí un hombrecillo en mangas de camisa, pálido y con enormes ojeras. Pregunté quién era aquel raro personaje. Un obrero me explicó que se trataba del gerente, el más perverso que pudiera tenerse. Los jefes y supervisores buenos, me dieron a entender, habían sido liberados entrado el segundo día de la toma. El gerente, así como los malos jefes eran retenidos como garantía por si se presentaba la policía. Algún día, pensé, se podría hacer un buen musical con todo eso.

Desde el momento en que entré a aquel galerón sofocante me dediqué a estirar el pescuezo en busca de Ana Gladys. No se la veía por ningún lado y abandoné aquella parte de la planta tan pronto como pude, presa de un calor nauseabundo. El lugar era mucho más grande de lo que aparentaba desde fuera. A continuación me dediqué a deambular por unos minutos a cielo abierto, orientado únicamente por la oportuna luz de la luna, pues desconfiaba de cualquier fuente luminosa de origen industrial. En un corredor descubrí a Ana Gladys paseándose con un pigmeo de aspecto zarrapastroso. Él la tenía tomada del brazo, lo que no me gustó para nada. Salté en medio de ambos y ella se sorprendió al verme. Estaba más bella que nunca. Inmediatamente pensé en Katharine Ross, mi actriz favorita, pero no me inmuté, mucho menos revelé mi embeleso. La miré directamente a los ojos, ella me miró de la misma manera. El tipo que la acompañaba pretendió deshacerse de mí con una mueca entre meliflua y delin-

cuencial, pero al ver mi seriedad optó por esfumarse. Ana Gladys pasó a darme una gira de la fábrica. Me explicó que la policía había estado a hostigarlos la noche anterior. Rodearon el lugar, zarandearon las láminas siete o nueve veces y chasquearon los M-1, pero al final se largaron después de que uno de los ejecutivos les suplicó que no empeoraran las cosas, que ya estaban bastante mal sin necesidad de provocaciones. Ana Gladys me preguntó si quería comer algo, todavía quedaba moronga en la cafetería. A la sola mención de esa tripa henchida de sangre estuve a punto de vomitar. Prefería comerme uno de mis dedos a poner mis labios en esa comidilla infame. Oculté mi asco y le expliqué que Mimi me había alimentado ya. Gracias a la eficacia de mi metabolismo, le aseguré, me bastaba una comida al día. Por costumbre, por no zaherir a los seres queridos, accedía a comer los tres tiempos, pero era innecesario: me robaban horas que prefería dedicar a cosas verdaderamente trascendentales. La declaración anterior era más o menos cierta. A continuación, sin preámbulo, coloqué el libro en sus manos. Lo sostuvo sorprendida, mirándolo como se mira un objeto cuyo uso se desconoce. Quizá se preguntaba en que lugar de la casa se vería mejor. Se lo arrebaté, la hice sentarse junto a mí en uno de los tambos apilados en el corredor y lo abrí. La sesión estridentista había terminado y un silencio espeso se derramó desde el fondo de la fábrica. Era cansancio, todo el mundo estaba agotado por la jornada. Hacerle pagar sus pecados a los burgueses cansa. Entonces empecé: «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo...». Se mantuvo callada durante la lectura, como hipnotizada, pero al final de los dos primeros capítulos se deshizo en mil y una preguntas. ¿Qué quería decir *anacrónico... ventero... adarga?* ¿Hacia dónde se dirigía aquel hombre con la bacinica en la cabeza? Nada más en-

ternecedor que las preguntas de una obrera. Respondí lo mejor que pude, procuré situar al autor y su época, y le expliqué que no era posible abarcarlo en su totalidad, no al principio al menos, que yo llevaba años leyéndolo y que más bien necesitaba de su ayuda para comprenderlo. No supo qué decir ante esta declaración. Sus lindos ojos navegaron en silencio la extraña espesura de la noche. Al contemplar su perfil, cosa rara, se me figuró una completa desconocida. ¿Es que accidentalmente había tocado una de las riberas de un alma especial y única? Qué seres más insondables las obreras, pensé.

—¿Vas a venir algún día a casa para seguir la lectura?, preguntó con una malicia hasta entonces desconocida por mí.

—Con una condición, respondí: yo prepararé la cena.

En ese momento reapareció el mismo obrero con quien se paseaba hacía apenas un rato. Lo flanqueaban dos seres alegres a quienes ya había visto en el local sindical. Uno de ellos cargaba una guitarra, un instrumento ubicuo en mi país. Se sentó en un barril y acompañado de acordes elementales cantó una canción de la Revolución Mexicana. La tierra, el héroe, la muerte: nadie nos prepara para tal transición. Cuando falleció mi padre, por ejemplo, no hubo oportunidad de formular preguntas. Se despidió sin palabras finales, sin dar la más mínima pista de hacia dónde se dirigía. Lo único que se me ocurrió en aquel momento luctuoso fue tomar notas, que aún conservaba en la gaveta de los calcetines.

Algunas horas más tarde, en el momento en que el cantor se preparaba a vapulear la guitarra nuevamente, pensé en mi madre, sola en casa, y me fui abruptamente de la toma casi sin despedirme.

Llegué en las primeras horas de la madrugada. Me recalenté la cena (pescado empanizado, arroz y ensalada),

bebí una gaseosa simple que se ocultaba en el refrigerador e inmediatamente me hundí en una tiniebla que era todo acción. No fue hasta entonces, no se me escapa, que mi madre logró conciliar el sueño.

3

A LAS 18:00 HORAS me desenchufé del escritorio, me despedí de los editores, que parloteaban en la oficina del director como cotorras hipertrofiadas y me lancé a la calle en busca de la parada de autobuses. La primera máquina que pasó ni siquiera se molestó en detenerse, llena a reventar del desborde humano de la hora. Era viernes, para colmo día de pago. La ciudad era un hormiguero pisoteado, la masa una sola garganta reseca, ávida de alcohol, de carne ansiosa por embrutecerse. El final de la quincena siempre es como un ventarrón caliente: mejor no atravesarse en su camino. Me colé en la primera máquina que se dignó detenerse, y como era mi costumbre, me abrí pasó a través de un remolino de poliéster y sudor hasta alcanzar la puerta trasera. Ahí me pegué a una morena alta (me llevaba una pulgada de altura, cosa insólita en mi país). Su carne tersa me hizo sentir bien. Me sonrío. Yo también sonreí, alzando los dientes como reflectores antiaéreos. Observamos el

parque, los micos armados a las puertas de la Agencia Nacional de Seguridad, las correntadas de gente dichosa pintarrajeada por el frenesí de las luces neón, los edificios que se vaciaban de prisa. A esa hora, pensé, las casas de cita se aprestaban para una nueva jornada de trabajo. Las niñas se intercambian lápiz de labio, pomos de perfume y rímel, y el personal de los bares cuidaba que todo estuviese a punto.

La máquina dobló a la derecha y enfiló por una de las calles que se meten al centro de la ciudad. Las corbatas, prenda infame en aquel clima tórrido, por fin se aflojaban, aunque lo que era yo no me las permitía bajo ninguna circunstancia. Cada vez que algo me ciñe el pescuezo me da por gritar, como en una pesadilla. En fin, los motores bramaban, el aire se hinchaba de humo negro, caían las cortinas de hierro, el fuego crepitaba en las pupuserías, una oscuridad entre sórdida y dulzona se desparramaba lentamente por los cuatro costados. Las paradas de autobuses siempre me alucinaron, con sus gentes adosadas a muros de los que no saben nada, observadoras desganas del cono silente del volcán, el dios principal de la ciudad. Sentí que esa masa de carne era gente conocida, a fin de cuentas había crecido con ella. De la misma manera me fascinaba otear, desde la penumbra de la máquina, los interiores de las casas, que a esa hora se iluminaban con escenas mudas y escaramuzas que me hacían callar de felicidad, de envidia, de ganas de huir y espiar al mismo tiempo. En algún momento, me dije, antes de que las aguas del tiempo lo borrarán todo, debía comenzar a trazar el perfil de la ciudad: las rutas de autobuses, la descripción de los parques, los nombres de los bares y escuelas, los tipos de árboles que envejecían en las aceras, los tonos dominantes, la proliferación de cafetines, los uniformes de las colegialas y las enfermeras. El autobús que me transportaba al centro se

renovaba de parada en parada (uno no viaja nunca dos veces en el mismo autobús, siempre lo he dicho): ahora fue el turno de que se encaramaran las enfermeras. Estábamos en el área del Hospital Rosales, cuyas paredes, como todas en aquella época, se hundían bajo el peso de las pintas revolucionarias.

La morena se apeó de la máquina, no sin que antes intercambiáramos sonrisas. La vi extraviarse en un bosque de marquesinas y faroles, pobre mariposa. La vorágine urbana electrizaba el aire. El centro iba camino de convertirse en una especie de tierra de nadie poblada por extraños: las clases medias escapaban a las afueras y cada día se distanciaban más y más del corazón de la urbe. Me apeé en la parada de autobuses detrás del pequeño parque San José. Lo conocía hartó bien. Fue ahí, en una iglesia que ardió años después en circunstancias sospechosas que mi abuela, con su obsesión por arrastrarme a misa los domingos, me enseñó a detestar las religiones, especialmente la nuestra, y de paso los ritos y las ceremonias. Lo único bueno de esas visitas obligadas al templo eran las muchachas en minifalda, fervorosamente adoradas por mí en su trayecto a la comunión o el confesionario.

Una vez que mis pies palparon la dureza de la calle, activé mis sistemas de seguridad. No partí directamente hacia el objetivo, sino que di un gran rodeo escogiendo calles y avenidas poco transitadas, viejas conocidas mías, mascotas de la adolescencia. Cada vez que lo consideraba necesario cambiaba de cuadra, desgarrando un aire espeso a causa del diésel y la nicotina. Me había comprado unos zapatos de un negro impenetrable, mate, de suelas resistentes pero blandas, que acolchonaban mi avance por la nueva era. No quería que la ciudad vibrara bajo mis pies o que se viera reflejada en mis zapatos. Pasé por el viejo cine al que me llevaba mi madre cuando niño y atravesé el par-

que, colmado de obreros que dilataban lo más posible el regreso a casa. Al acercarme al Club de Motociclistas descubrí a un ex condiscípulo de la secundaria en animada charla con otros socios del club. Asumí que también él formaba parte de la asociación. Tenía un diente de oro, y la última vez que supe de él se dedicaba a vender lociones masculinas y cosas por el estilo de casa en casa. No quise saludarlo, así que di un pequeño rodeo antes de colarme al local sindical, el cual encontré algo vacío aunque alborotado. Las cosas habían cambiado de sopapo, por lo visto. A primera vista no entendí la razón de esa mudanza, pero Marina, una compañerita que había abandonado la arquitectura para dedicarse a la causa de los obreros, y que formaba parte del equipo de propaganda del sector, me explicó que la mayoría de los camaradas había partido a la toma.

—¿A qué toma?, pregunté.

—A la de la fábrica de bebidas.

Eran dos fábricas, en realidad. A un costado de la gran alameda que conducía al oriente del país, conocida como Avenida Independencia, se fabricaba gaseosas, al otro lado cervezas. Ana Gladys, me explicó Marina, se encontraba en ese momento en alguno de los hemisferios del complejo. Esta Ana Gladys, me dije, es una sindicalista de veras comprometida: iba de una toma a otra incansablemente. Quise salir al punto y sumarme a un grupo que se dirigía al lugar cargando bolsas enormes con contenidos misteriosos. Marina me detuvo. Me suplicó que antes le ayudara a picar un estencil en el que abundaban palabras como «fortalecer» y «reivindicaciones»: de alguna manera había adivinado mi habilidad con la máquina de escribir. No pude rehusarme. Eso y otras tareas demoraron mi partida a la fábrica. Antes de salir, me pidió un favor más: que me uniera a un minimitin que tendría lugar en el cen-

tro de la ciudad a la mañana siguiente. Era una de las tantas actividades planeadas en solidaridad con la toma de la fábrica de bebidas. Se sacó un trozo de papel de su pequeño brasier y lo puso sobre la mesa. Se trataba del plan.

—Cópialo, ahí hay papel.

Hora. Lugar. Objetivos generales y específicos. Tareas. Plan de llegada. Consigna. Retirada número uno. Retirada número dos. El plan incluía un pequeño gráfico que copié esmeradamente: me fascinan los mapas, con mayor razón si están ligados a la acción. Vivir para la acción es como entregarse al sueño, y nada me fascina más que soñar.

La tarea estaba programada para las 06:45 horas, a dos cuadras de la iglesia del Sagrado Corazón, en la Calle Arce, frente a una parada de autobuses frecuentada a esa hora por estudiantes y obreros. La compañera me recomendó portar una gorra, llevar una camisa de reserva y zapatos cómodos. Esto último no era un problema: tenía los más cómodos que pudieran adquirirse en nuestra ciudad. No despertaban ninguna codicia y de ribete me hacían sentir invisible a la caída del crepúsculo, la hora más importante para mí. Marina me recordó que desde la semana pasada regía en el país la Ley de seguridad y orden público, abolidora de las garantías constitucionales. Eso tampoco representaba un problema: desde que tenía conciencia las garantías constitucionales estaban suspendidas: en el hogar, en la escuela, en el país. Tiene ventajas criarse en un sistema así: se vive en el desengaño y pronto se revela lo que cada quien es. Copié el plan en un pedazo de papel y lo oculté en el interior de mi zapato. Había sin embargo un detalle no escrito del plan. Debía sintonizar en la madrugada el programa *Rancheras que dan cólera*. Si no pasaban un saludo de «Emilio» para «Rosaura», eso significaba que la actividad quedaba suspendida. Marina me instruyó sobre cómo llegar a la fábrica de bebidas. Una vez que me

presentara al portón debía preguntar por Marvin, el encargado de seguridad del sector obrero.

Al pasar de regreso por el Club de Motociclistas, mi ex condiscípulo y el resto de los asociados ya se encontraban dentro del local celebrando una sesión. Se discutía algo grave por lo visto: el club estaba colmado y un puñado de miembros se agolpaba casco en mano en el umbral muy atentos a la charla. A continuación anduve nueve o doce cuadras a grandes zancadas (mi estilo de andar en la nueva época), procurando no hacerlo en línea recta por mucho tiempo para evadir a los ubicuos orejas, atravesé la Calle Celis y desemboqué en la 24 Avenida Norte, mejor conocida como «la de las putas», o sencillamente «la Avenida». Un torbellino de perfumes baratos giraba y giraba en el aire, despertando el deseo de conversar. Pero era imposible entrar a una casa de citas: los nuevos principios también lo prohibían. Me encaminé a la parada de autobuses, donde se encontraban dos tipos de talante facineroso: o delinquentes o policías, difícil distinguir entre estas profesiones gemelas. Afortunadamente se presentó una máquina, me encaramé en ella de un salto, y siguiendo mi costumbre de entonces me acomodé por la puerta de salida, es decir, en la cola de la máquina. Este hábito cambiaría con el tiempo, al llegar la época de andar armado, cuando adopté la costumbre de sentarme detrás del motorista, previendo que si se presentaba un problema podía obligarlo a detenerse, acelerar o cambiar de ruta. Al menos esa era la teoría. Los tipos facinerosos que estaban en la parada ni siquiera se inmutaron al verme, señal de que yo no figuraba aún en ninguna lista. Pasé frente a la fábrica de bebidas observando la escena con discreción y me apeé dos paradas adelante. No me costó dar con el portón de la fábrica y no hubo necesidad de preguntar por Marvin: uno de los obreros de la garita me reconoció inmediatamente y me franqueó el

paso. Adentro me topé con Luisón, un obrero muy querido por mí. Era alto, fornido, de huesos tan enormes que parecían prestados de otra especie. Sus dientes de oro prodigaban sonrisas con una facilidad que hacía fácil quererlo. Me pidió que lo acompañara a una tarea. De paso, me mostraría la fábrica. Al final de un patio enorme, junto a unos enormes tanques de metal que hacían pensar en ídolos gigantes (algo así como el plato fuerte al final de una larga peregrinación), dimos con un coro de voces afónicas que desentonaban canciones revolucionarias (la Revolución Mexicana otra vez), acompañados a la guitarra por aquel mismo obrero cantor que me encontré días atrás en la toma de la fábrica de textiles. Más allá, dos obreras repartían café. Una de ellas, la espigada de sombra larga y ágil, resultó ser Ana Gladys, descubrimiento que me aceleró el pulso. Respiré despacio y hondo, me excusé un momento con Luisón y me acerqué al puestecillo. Ana Gladys me ofreció café —el peor que había probado hasta entonces— en un vaso de plástico que quien sabe cuántos labios habían tocado antes, y aproveché para renovar el voto de ir a su casa y prepararle una cena. Quedamos que iría al domingo siguiente, es decir, en dos días. Con el corazón enfebrecido seguí mi recorrido de la planta bajo la guía de Luisón. Este me presentó a Marvin, el jefe de la seguridad. Era un obrero al que había visto varias veces en el local sindical: bigotón espeso, cejas pobladas que ensombrecían la mirada de un carajo capaz de rebanarle un dedo a cualquiera. Nos saludamos a la usanza característica del sector obrero, una combinación bobá de apretones de mano. Después de recorrer un patio pequeño iluminado por una luz aséptica e industrial, Luisón y yo empezamos a trepar una escalera de caracol. Pensar que encima de aquel conflicto laboral rugía un océano de estrellas, constituidas a su vez de quien sabe qué conflictos y materias. Al final de la escalera había una es-

pecie de atalaya en la que Pacín, el compañero que íbamos a reemplazar, nos impartió una explicación sobre el sistema de señales luminosas. Pero antes preguntó si cargábamos cigarrillos. Saqué los míos: en esos días, puesto que aún estaba enchufado a la fuerza laboral, me daba el lujo de comprarlos por cajetilla. Empezamos a echar humo.

El sistema de señales era sencillo. Al otro lado de la avenida, es decir, en la planta de gaseosas y en una torrecilla idéntica a la nuestra, se encontraban otros compañeros de centinelas. Cada quince minutos se producía un intercambio luminoso entre las dos atalayas, como entre los dos hemisferios de un cerebro desmesurado. Un luzazo significaba sin novedad, dos luzazos que el enemigo se había presentado. Ese preciso momento, el del cambio de postas, correspondió al del intercambio luminoso, así que pudimos ser felices testigos del cruce. Todo normal. Pregunté por qué no usaban los teléfonos para comunicarse, pues los habría, y muchos, en ambas plantas, ahora en poder de los obreros. No supieron qué contestar. Probablemente, aventuró Luisón tras unos segundos, Marvin quería contar además con un soporte que no fuera fácil de intervenir. Nunca se sabe, dijo, El Enano (esto es, el enemigo, según aprendí en esos instructivos días) podía cortar las líneas telefónicas, la luz, el agua en cualquier momento. Lo haría a no dudar si la toma continuaba. Pacín nos dejó en la posta, llevándose cinco de mis cigarrillos. Desde la torre se divisaba la avenida con su tráfico desahogado y brumoso. Era un país exacerbado en todos los sentidos, incluso orgulloso de serlo. Me pareció un signo positivo que las máquinas siguieran rodando por la avenida: en el momento que dejaran de hacerlo estaríamos en aprietos. La fábrica pertenecía a uno de los dueños del país. Me lo imaginé, las pepas enrojecidas en el aeroplano que lo traía de Miami por encima de las olas. Sus ancestros nunca habían tenido

que bregar con gentes que se atrevieran a tanto. Por un lado rogaba a Dios que nos reventaran a culatazos, por el otro lo inquietaba la suerte que pudiera correr la fábrica, sobre la cual era incapaz de ejercer ningún control en ese momento. Para un burgués el sentido de seguridad lo es todo. Un detalle digno de mención es que el día que reventó la huelga los compañeros retuvieron en la planta a varios altos ejecutivos de la empresa como garantía de su seguridad. Mareado por la altura y la vista magnífica que dispensaba la avenida con su sordidez, su fragor, su prisa de cruda supervivencia, pensé en cuán desafortunados éramos en aquel país. Nos tocó la burguesía más deficiente que se pueda tener. Por qué razón, me lamenté, lamido por la brisa nocturna, no se nos concedió una clase dominante lúcida, osada, independiente y con un proyecto ambicioso... como la japonesa, por ejemplo. Demasiado pedir. Los propietarios del país más bien se miraban a sí mismos como colonos extranjeros y ni se molestaban en guardar las apariencias. En cuanto a nosotros, es decir, el movimiento obrero, una vez que se ha llegado tan lejos ya no es posible detenerse: una audacia lleva a otra y otra. En ese momento, de pie en la atalaya, tuve una visión. Sentí como si estuviera en la torre mayor de una nave insignia al frente de una flota que ha partido, con grandes expectativas, a la búsqueda de una ínsula maravillosa. Por algún error de navegación los aventureros se ven de pronto sumidos en un espeso mar de niebla. Embriagado por el sentimiento trágico de la vida, le pedí a Luisón que me permitiera ocuparme del intercambio luminoso del siguiente cuarto de hora. Fue así como, llegado el momento, tomé la linterna en mis manos y apuntando directo a la atalaya de la otra nave procedí a dar la señal. La respuesta no tardó en llegar: todo normal.

Vivimos de ilusiones.

4

EL DESPERTADOR ME TALADRÓ a las 04:30 horas. Nunca tuvimos calentador en casa, no se usaban en mi país, así que antes de bañarme ejecuté cuarenta lagartijas —incluyendo diez al estilo «Rocky»— en el frío piso de la sala. La mitad de la vida es coraje, audacia, la otra mitad es pura técnica.

Al salir del baño no quedaba una sola hebra de sueño en mí. Paradójicamente, el mundo onírico pierde importancia cuando se vive para la acción. Mientras recalentaba dos tamales de elote en la cocina, residuo magro de la cena pasada, sintonicé la estación que me indicó Marina en busca del programa de rancheras. Pero antes escuché un corto boletín de noticias: los militares, que eran los que mandaban en el país, amenazaban con tomar medidas drásticas contra los obreros que se habían apoderado de la fábrica de bebidas y gaseosas. Inmediatamente pensé en Ana Gladys, en Luisón, en la torre vigía y en el mar de niebla que los rodeaba. A los pocos minutos, entre un espinero de ranche-

ras, echó a volar el esperado saludo de Emilio para Rosaura, tan sabrosamente anunciado por el locutor del programa que la tal Rosaura adquirió una forma lujuriosa en mi imaginación. La radio, reflexioné, era un medio rico en posibilidades. Acudió a mi cabeza el recuerdo de los cuentos radiales de la niñez los sábados por la tarde, la tibieza del aya y la lentitud del país que nos enseñó a ser pacientes. Lo malo era que a las 08:00 horas debía regresar a mi trabajo: ni siquiera los sábados por la mañana dejaban de explotarnos. Los jefes también se explotaban a sí mismos ese día, aunque no del todo: a las 11:30 horas, aproximadamente, descorchaban una botella de Chivas y empezaban a rodar los chistes. Lo único agradable de mi trabajo en la oficina era que no obligaban a contestar el teléfono a cada rato: en aquella época esos aparatos se reservaban únicamente para las personas de importancia.

A las 06:00 horas, cuando estaba a punto de salir a la calle, apareció mi madre. Los colores del génesis se colaron por la ventana y dulcificaron los güishtes de los tristes muros del jardín, pequeño y atestado de begonias inmersas en alas umbrías. Usualmente mi madre cantaba algo apenas levantarse, para afinar la voz o darse ánimos, qué sé yo, pero esta vez se presentó en la cocina en silencio, leve como esas olas perfectas que nos alzan de la arena en los atardeceres dorados del litoral. Preguntó, observadora que era, por qué llevaba yo dos camisas esa mañana. Por el frío, le respondí alargándole una taza de café. Siempre fuimos pobres, pero eso sí, jamás faltó el buen café en casa. En la oficina yo tenía mi propia cafetera, otra manifestación de mi carácter inconforme. El café era lo que me permitía pensar con agilidad.

Mi madre y yo nos sentamos frente a frente sin mirarnos, o más bien fui yo quien se portó elusivo. Resplandores naranjas acuchillaron las paredes y se posaron en el

mantel, albo e impecable. En las mañanas, el cabello de mamá era un tropel de mustangs en la explanada. Aquel sería un día ocupadísimo para ella. Desde que murió papá, cada sábado acudían a casa estudiantes que bajaban de las faldas del volcán, ahí donde se encuentran las colonias de los ricos, y ella se esforzaba por educarles la voz o acomodarles los dedos correctamente en las teclas del piano. Además, los sábados había que lidiar con los voceadores callejeros: arreglatapitas, afilacuchillos, tortilleras, papel que vendan, canillitas. Sin duda lo que más intrigaba a mamá sobre mi comportamiento en esos días era mi sobriedad. Hacía ratos que no me miraba sorbiendo whisky frente al escritorio (el de papá, el único mueble de él que conservó después de su muerte, y eso porque ella lo había escogido), ni escuchaba mis monólogos alcohólicos, harto notables en noviembre, cuando el viento aullaba en las calles y los pinos se lanzaban feroces contra los barrotes de su jaula. Sin duda con la intención de retenerme consigo un rato más, me contó que Lupita había preguntado por mí anoche. Mamá siempre decía —volvió a repetirlo— que era yo quien de veras le gustaba a Lupita, no el cabeza cuadrada que acudía últimamente a su porche a cuentearla. Indagó si alguna vez había tenido yo «intenciones serias» respecto a ella. Le aseguré que mis únicas intenciones con respecto a Lupita eran lograr que se volviera loca por mí hasta el punto de cometer actos reprensibles y corromperse sólo por amor a mí... pero que no pensaba casarme con ella.

Mamá no se escandalizaba fácilmente, una de las cosas que más me gustaban de ella.

—¿Pero cómo es que ahora oís rancheras?, inquirió con malicia sabiendo cuánto las detestaba, y percatándose de que estaba a punto de largarme sin ninguna explicación, que tampoco exigía.

—Es para no olvidar en qué tipo de país nos tocó vivir, respondí.

Sus ojos agudos y dulces al mismo tiempo buscaron los míos, pero preferí evadirlos. Me acerqué a ella, le besé la frente y salté a una calle enfebrecida de amanecer. Pasé, como era tradición (a veces muy borracho, a medianoche, en las máquinas de los viejos compinches), frente a la casa de Lupita. Cortinas mudas, arcoiris en el rosedal, guiños de los cipreses. En el momento de trepar las gradas hacia los multifamiliares que se interponían entre la colonia y la parada de autobuses, erecto como una hormiga rumbo al redondel donde estos recalaban, me pregunté si llegaría pronto el momento de dejar atrás hogar, madre, amistades, quimeras juveniles. Cada día hallaba más contradictorio eso de ser un rebelde que vive en casa con su madre, pero por otro lado ¿quién cuidaría de ella? Yo era todo lo que mi madre tenía, su único soporte. Quizá algún día, después del triunfo, fantaseé, Ana Gladys, mi madre y yo pudiésemos vivir en una casa empotrada en un pedacito de bosque, rodeados de manzanarosas, naranjos y uno que otro guayabo. A mi madre le encantaban las begonias y las rosas. A mí —por su perfume— los jazmines. En cuanto a Ana Gladys... sus gustos florales eran un misterio en esa época.

Al pasar por la iglesia del Sagrado Corazón noté que eran las 06:29 horas. A veces me gustaba imaginar que mi cuerpo era una nave sideral en la que yo, es decir, mi *yo*, navegaba la terrible realidad. La sala de mando estaba ubicada en alguna parte de la cabeza, por supuesto al nivel de los ojos, y desde ahí, capitán solitario y heroico, dirigía yo sus movimientos montado en una mullida butaca, de esas que giran 360 grados y que nunca regresan al mismo sitio. Así ocurrió en esta ocasión, camino al minimitin. Al acercarme al objetivo ordené a mis pies andar despacio. Obe-

decieron. Descubrí a Marina en la parada de autobuses, sus ojitos verdes entre alertas e irónicos, inmersa ella en el gentío que se agolpaba a esa hora en espera de una máquina conducida por algún Caronte designado para acarrear esclavos a una oficina, un banco o un oficio que era completa estulticia. Era una mañana de un sábado común y corriente en un país que, como dado lanzado al aire, nunca se sabe cómo va a caer. Sonreí: es que con cachucha o sin cachucha, era imposible no reconocer a Marina. Nada hubiera costado montarle un seguimiento, acorralarla, echarle el guante. A la hora indicada, la consigna del día reventó en el aire con la dulce violencia de una bomba de propa. Por lo visto se necesitaba una guerra para que aquel país aprendiera a ser puntual. Los convocados respondimos el llamado a desplegarlos. Apareció un megáfono, cuartillas, gritos, pintas. En diez minutos repartimos una resma de propa, la gente, es decir los esclavos, tomaban las cuartillas y las escamoteaban en alguna parte para leerlas más tarde. Se me ocurrió que con aquella acción habíamos hecho trizas la tranquilidad de ese sábado, como peces alados que quiebran inesperadamente el espejo del mar con sus saltos y sus dentelladas para luego desaparecer en sus profundidades. Aquella fue mi primera tarea callejera. Estaba fascinado con la forma metódica como actuaba el movimiento en aquel país donde regía desde siempre el estado de sitio, el autoritarismo y su hermano gemelo, el conformismo. Al terminar la actividad, que no tomó más de diez minutos, nos dispersamos siguiendo la retirada número uno. Era como para preguntarse con cuantas retiradas número uno se cruzaba uno en el curso de un día últimamente. La tira no se presentó o quizá lo hiciera después que desaparecimos. Aquel debe haber sido un día muy ocupado para El Enano: así como la nuestra, tuvieron lugar decenas de actividades en otras partes de la ciudad.

Cuando murió mi viejo abandoné los estudios universitarios y me conseguí un empleo en una oficina. Me pagaban por escribir horóscopos y cosas así en una insulsa publicación semanal. Hacia ahí me dirigí sin entusiasmo al acabar el minimitin: el corazón, en cambio, me reclamaba en dirección contraria, ahí donde estaba la fábrica de bebidas, junto a mis compañeros. ¿Se lanzaría un asedio militar? Era lo más seguro: tenían que darnos un escarmiento. Camine unas cuadras y abordé una máquina con grandes dificultades debido a las prisas de la hora. Tenía por entonces una mujer-jefe, hija de un húngaro judío siniestro metido en el negocio de las publicaciones frívolas y la publicidad comercial. El tipo era como esos gángsters silentes que rehuyen figurar en público. Casi nadie le había visto la jeta pero sus pepas estaban bien entrenadas para calar en los empleados desafectos, a decir de mis compañeros de oficina, que lo conocieron en una fiesta de la compañía a la cual no asistí: por principio nunca voy a las fiestas de compañía, es cuestión de dignidad. Por otro lado, no tengo nada en contra de trabajar con mujeres. Si alguna vez me diera por abrir una agencia de detectives privados o algo así (sólo me interesan los oficios que mantienen en vilo las 24 horas del día), no vacilaría en tenerlas como socias. Se trabaja muy bien con ellas, incluso podría hacerlo con tres al mismo tiempo. En fin, una vez que me acomodé en el escritorio de la oficina, activé el piloto automático de la nave espacial (es decir, de mi cuerpo) y me entregué a mi trabajo como todos los días, procurando, como de costumbre, pensar lo menos posible en él para no deprimirme.

A las doce, hora de salida, salí disparado a buscar una máquina. Sólo pensaba en Ana Gladys, en Luisón, en la torre vigía. Si no se producía una intervención planeaba hacer lo mismo que el día anterior: colarme a la planta y pasar

ahí la mayor parte del fin de semana. Al llegar la noche montaría guardia en la torre de observación y a la hora de descender, como una novia solícita, Ana Gladys me esperaría con una taza de horrendo café al pie de la escalera. Era mi fantasía. Pero algo parecía haber ocurrido en las últimas horas. La ciudad olía a algo distinto: un olor rancio, grueso, perturbador se diseminó por ella. Las calles se miraban notablemente cambiadas, como si les hubiera crecido un hongo asqueroso en mi ausencia. El afán por relajarse y aturdirse, característico de los sábados, se notaba ausente. Percibí la tensión de los esfínteres, los ceños sombríos, las miradas de reojo, el sudor invisible del miedo. La máquina en que me conducía tragaba semáforos, cafetines y esquinas, penetrando en el centro como una pequeña cápsula de metal que se hunde en una ciénaga. Puesto que el boletín de noticias de la mañana nunca informó que hubiera un experimento a escala metropolitana, tenía que ser otra cosa. Las cortinas de hierro de los negocios lucían semiabiertas —o semicerradas, según se mire. Gordos tenderos, más desconfiados que nunca, hacían guardia a la entrada de sus negocios, atentos a los cambios en la corriente callejera. Las radios estaban prendidas, los niños eran obligados a callar. Un sol aturridor pegaba contra los techos de lámina de las viviendas y el negro asfalto. Me apeé en el parqucito San José y luego abordé otra máquina, sin duda la ruta 29, que pasaba frente a la planta. La Avenida Independencia hervía de guardias. Un helicóptero militar tronaba en el aire, describiendo círculos amenazantes sobre la fábrica. Una tanqueta se había colocado frente al portón principal de la planta cervecera. No muy lejos de ahí divisé un pelotón de comandos del ejército equipados como para lanzarse al asalto de un fortín. Los guardias empezaron a desviar el tráfico de la avenida. Aproveché ese momento para saltar por la puerta trasera

del autobús. Anillos de curiosos, gente común asediaba a los que asediaban. Me acerqué cuanto pude a la fábrica. Resultaba imposible entrar por detrás de la planta: el callejón aparentemente hervía de guardias. Recorrí a pie cuanto pude la avenida para hacer un reconocimiento visual. Abundaban los rostros enardecidos. Me pegué a la muchedumbre, bosque agitado por la borrasca, y dejé que mis ojos se acostumbraran por algunos segundos a la luz de los nuevos tiempos. Una escuadra de policías jetones pasó marchando por la avenida. Un hombre de la calle me comentó:

—Estos hijueputa negros no son de aquí, quién sabe de dónde los traen.

En ese momento, un jeep con guardias pasó frente a nuestros ojos por la avenida. Un hombre que se encontraba a mi lado sacó un ladrillo quién sabe de dónde y lo arrojó con furia contra el parabrisas. La máquina, descontrolada, fue a estrellarse contra uno de los árboles de la avenida. Enfurecido, uno de los guardias viró, nos apuntó con el G-3 y una ráfaga atronadora salió de su cañón. Por primera vez en mi vida entendí el horripilante lenguaje del orden. Corrí como un loco por la avenida, pegándome instintivamente a las paredes en busca de resguardo. ¡Jesús, qué matraca! Al llegar al Hotel Bruno, cuyos huéspedes solían ser gringos mochileros, la masa y yo dentro de ella nos paramos en seco. La matraca calló. Giramos sobre nuestros talones y regresamos al mismo sitio como una procesión sin imágenes ni ensalmos. Uno de los transformadores eléctricos de la esquina había sido traspasado por las balas: un chorro de líquido se derramaba sobre la calle. Inaudito descubrimiento, pues ni siquiera mi padre, tan aficionado a las ciencias, tuvo la iniciativa de explicarme cuando vivía que los transformadores usaran refrigerante. Pienso que habría sido útil saberlo. A unos pasos de ahí nos

encontramos a un hombre, un obrero evidentemente, tronchado sobre el asfalto. Las vísceras brillaban bajo el sol tropical. Posiblemente fuera el que arrojó el ladrillo, no estoy seguro. Esto es guerra, me dije a mí mismo en lenguaje sencillo y comprensible. La masa volvió a reagruparse en torno a los guardias como un molusco formidable. Estos formaron una barrera color kaki y volvieron a encañonarnos con los G-3. En el momento que sintieron acercarse demasiado al gentío, se desató de vuelta la maldita tronazón de los fierros alemanes. Corrimos. El terror nos persiguió por varias cuadras. Los cafetines y negocios del área habían cerrado. Desde el costado oriente del Mercado Cuartel divisé a lo lejos, en dirección del Palacio Nacional, una columna de humo que se elevaba hasta el cielo, negra e indescifrable como un monumento abstracto de hierro. En ese momento descubrí a Mauricio, un obrero del sector de los metalmecánicos. Andaba a la deriva como yo. Le conté lo ocurrido y cómo las tanquetas trataban de forzar la entrada a la fábrica de cervezas. Él había estado en la planta esa mañana.

—Por cierto, Ana Gladys te manda una cartita, me dijo, entregándome un papel cuidadosamente doblado.

Me la eché en la bolsa del pantalón sin leerla. El corazón repiqueteaba en su campanario. Caminamos por callejuelas laterales procurando dar un gran rodeo alrededor del cerco. Teníamos que andar y pensar rápido. A uno y otro lado de la Calle Celis la carne de las putas soltaba sus vapores. Sus miradas echadas a perder por la mala vida sobresalían por los balcones de hierro forjado, ávidas por descifrar aquel alboroto que les estropeaba el negocio: es difícil tener una erección en medio de una balacera. Sin saber cómo, Mauricio y yo fuimos a salir a la 7ª Calle Oriente. En ese momento se nos alegraron los ojos al ver aparecer nada menos que a Salomón, un obrero (ahora que

lo pienso, nunca supe en qué industria lo deslomaban). Acompañado de otros dos compañeros a quienes ya había visto en el local sindical, trepaba la cuesta con la resolución de quien se presenta a vengar una afrenta. Era imponente. Pequeñín e imponente. Supimos de inmediato que él sí sabía qué hacer.

No nos equivocamos.

—¿Ya tienen tarea, compañeros?, preguntó con su voz de barítono sin detenerse un segundo.

—No, compa.

—Vamos a montar una barricada. Sígannos a 25 metros de distancia, ordenó.

No había tiempo que perder, nunca hay tiempo que perder, menos ante una orden como esa. Desembocamos nuevamente en la Avenida Independencia. Un sol enorme recocía el pavimento y recalentaba la sangre, lo cual siempre es una ventaja cuando se va a entrar en acción. Pasamos el reloj de flores. Sus agujas no se movían desde hacía años, algo así como una piscina municipal sin agua. La tanqueta del Ejército, como un ariete, enfilaba hacia el portón de la cervecería seguida de cerca por una bola de cascos camuflados. De seguro que ellos también tenían la sangre caliente. El helicóptero pirueteaba sobre el edificio. Me pregunté si los compañeros tendrían a alguien apostado en la torre de observación, hacerlo era ahora era asunto de vida o muerte. Un guardia nos detuvo a Mauricio y a mí.

—¿Hacia dónde se dirigen?, preguntó malencarado.

—Se nos quedó el carro allá abajo, voy a buscar a mi cuñado, que fue el que me lo vendió, respondí.

Hasta un guardia comprende un problema así. Nos dejó pasar con la advertencia de que tuviéramos cuidado. Salomón había desaparecido. Caminamos a marcha forzada hasta alcanzarlo. Ya no se miraba la fábrica, tan sólo se oía el helicóptero que la sobrevolaba. Salomón me mandó

a comprar gasolina, entretanto él y los otros se dedicaron a extraer llantas viejas de un lote baldío (en mi ciudad nunca faltaron los materiales combustibles). Había una gasolinera cercana. Le explique al gasolinero que mi Volkswagen se había quedado varado a tres cuadras de ahí. El marcador de gasolina no funcionaba desde hacía una semana, le expliqué: cuando se miente hay que dar muchos detalles. También logré que me fiara un recipiente. Al regresar, Salomón ya tenía preparada una pila de llantas en la orilla de la avenida. Se iban a necesitar todas, pues se trataba de una de las arterias más anchas del país. Otros tres compañeros se sumaron, llegados quien sabe de dónde. Traían jugos, es decir, cócteles Molotov, por si las cosas se ponían feas. Rociamos las llantas con gasolina y en cosa de minutos logramos parar el tráfico. Salomón cantaba canciones revolucionarias (otra vez la Revolución Mexicana) a viva voz, al tiempo que cargaba adoquines de una obra en construcción hasta el centro de la calle. Su sangre fría era ejemplar, un día habría que componerle un corrido. Prácticamente cortamos el tráfico hacia el oriente del país. Una larga columna de humo, casi tan oscura como la que parecía provenir del Palacio Nacional, negreó el mediodía. En eso, un compañero apostado de periférico nos dio la señal de retirada. Se oyeron unos tiros y sospechamos que estaban dirigidos contra nosotros. Debíamos dispersarnos de dos en dos y reconcentrarnos dentro de una hora en la cancha de basquetbol del parque que se encontraba cerca de nuestro local sindical. A este, se dijo, no había que acercarse bajo ninguna circunstancia. De seguro lo vigilaban. De no poder hacer contacto en el parque, íbamos a encontrarnos frente a la iglesia de un pueblito llamado Mejicanos, al norte de la ciudad.

Mauricio y yo nos extraviábamos por un laberinto de pasajes y vadeamos un arenal que atravesaba la ciudad de

poniente a oriente. Casas de obreros, polvo, calor calcinante. Una vez que nos sentimos a salvo, nos detuvimos en una tienda. Compramos gaseosas, eché humo (Mauricio no fumaba) y nos relajamos un poco. Recordé que no había almorzado, así que compré una bolsa de churritos. Todo indicaba que debíamos irnos acostumbrando a un horario irregular. Afortunadamente en esa época yo no era nada cosquilloso al respecto: podía perder dos tiempos de comida sin consecuencias, con tal de que no me faltaran los cigarrillos. Extraje el mensaje de Ana Gladys y lo abrí. Tenía mala letra. Explicaba que estuvo leyendo el Quijote. Iba por el capítulo XIV, lo cual me pareció un avance extraordinario, en el que se continúa el relato de Grisóstomo y la bella pastora Marcela. Aquel muere de amor no correspondido, y sus amigos, llegado el momento del entierro, acusan a la pastora de causarle la muerte por desdén. Ella se aparece en ese momento y larga su propia defensa con una dignidad que parece haber impresionado mucho a Ana Gladys. Citaba en su papel este largo fragmento:

...si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto más, que habéis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo, que, tal cual es, el cielo me la dio de gracia, sin yo pedilla ni escogella. Y, así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa; que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado o como la espada aguda, que ni él quema ni ella corta a quien a ellos no se acerca.

Ana Gladys agregaba que Sancho le simpatizaba mucho más que don Quijote, pero admiraba a este por haber salido en defensa de la pastora. A continuación confirma-

ba que iba a esperarme el domingo en la tarde en su casa. Para terminar quería enterarme de que los compañeros habían detectado un reforzamiento de la vigilancia en torno a la fábrica. Se despedía con una consigna. Le había entregado la carta a Mauricio en la madrugada en el momento que este se preparaba para abandonar la fábrica.

—¿Estuviste alguna vez en la torre de observación?, le pregunté.

Negativo. Le habían encomendado vigilar a dos tipos bien raros. Uno de ellos era un grandote pálido y fofo de alias Chuchón, y el otro un mexicano rubio, flaco y nervioso como una cabra, que cargaba una estrella de David colgada del pescuezo. A este hubo que conseguirle un paquete de cigarrillos para evitarle un ataque. Resultó que estos dos no eran ejecutivos de la empresa, sino publicistas que se encontraban en la planta afinando detalles de un comercial de cervezas el día de la toma. Mauricio se enteró de que en una oficina aledaña los compañeros guardaban a un viejo de alto rango, un gerente o algo así. Era lo que me daba confianza: los guardias no podían poner en peligro a personas importantes, no era para eso que los entrenaban. En ese momento supe que necesitaba un radio portátil, el más pequeño que se pudiera conseguir. Ahora, por ejemplo, no teníamos manera de saber qué ocurría. Aunque los boletines noticiosos tenían que andarse con pies de plomo (la dieta básica del país era músicaailable, deportes y comerciales), alguna semilla de verdad se filtraba por las ondas hertzianas. Además, era mi medio favorito. Los periódicos de mi país sólo servían para aprenderse los nombres de las capitales del mundo y la televisión tampoco informaba.

Después de refrescarnos, decidimos partir. Atravesamos nuevos laberintos habitados por obreros, calles nauseabundas peinadas por jaurías de chuchos que termi-

naban en hocicos negros y hediondos, y cruzamos de vuelta el mismo arenal. La piel se me estaba volviendo negra. Finalmente llegamos a la zona del primer recontacto. El parque y sus vecindades desplegaban un vacío elocuente. La bomba del miedo, esa que asola dejando intactas las estructuras, había hecho su labor. Comprendí de un golpe que una calle es capaz de presentarse con muchos rostros, de día o de noche, incluso puede palidecer de miedo. Un camión militar se detuvo en una esquina del parque y eructó un pelotón de guardias, que se desplegaron inmediatamente como piezas de un juego de ajedrez, verticales de no ser por los fierros alemanes que eran como su alma erecta. Cogimos la 11^a Calle Oriente. Pasamos por un colegio parecido a un enorme gallinero, con alambre de malla y todo lo demás. Los estudiantes se habían marchado y únicamente un cuidador, enjuto y desconfiado, asomaba el bigote entrecano por las rejas de la entrada. Al llegar a la 2^a Avenida Norte escuchamos nuevas descargas en dirección del Campo de Marte, otro sitio al que me llevaba mi madre cuando niño. Recordé los vales de Strauss que salían de sus parlantes los fines de semana, el tren naranja que circundaba el parque, el trencito miniatura que era mi atractivo favorito, los columpios y los platos de nuégado con chilate. Pues bien, en esa misma dirección se vio ahora emerger otra columna de humo, pequeña comparada con la del Palacio Nacional o con la que levantamos con Salomón. Tronaron nuevos disparos. La gente se arremolinaba en las paradas de autobuses y cada vez que pasaba una máquina se prendían a ella como moscas, moscas enormes que querían vivir. Tuve deseos de un trago, pero no se podía beber. Finalmente, Mauricio y yo también nos encaramamos a una máquina y partimos. El corazón se me estrujaba con cada cuadra que nos alejábamos de la fábrica asediada. Sólo pensé en Ana Gladys, en los compañeros,

en la torre vigía bajo el aliento de las constelaciones. Lo que menos deseaba era separarme de ellos.

Empezaba a oscurecer cuando llegamos a Mejiicanos. Este pueblucho, que se encuentra alineado a lo largo del camino real que en tiempos coloniales llevaba a la Capitanía General, es decir, a Guatemala, es un tianguis hipertrofiado de calles estrechas, congestionadas, malolientes. Apenas se puede andar por sus aceras, pues los vendedores ocupan hasta el último palmo con sus productos: tomates, saurios, especias, productos para la diarrea, papel matamoscas. Una nata oscura negreaba las paredes y hasta los rostros de la gente. Al momento de llegar al templo indicado por Salomón no lo vimos por ningún lado, así que decidimos dar una vuelta para matar el tiempo. A esa hora las locatarías empezaban a levantar sus ventas y se marchaban a sus cuchitriles en las afueras. Al volver al sitio del contacto encontramos a uno de los obreros que acompañaban a Salomón una hora más temprano. Fue enviado a buscarnos y nos comunicó que se planeaba chamuscar un vehículo con placas nacionales. Nos metimos a un cafetín para oír los detalles de la misión y ordenamos gaseosas. El obrero —su nombre era Chepe— nos detalló el plan y el papel que nos tocaba jugar. Una vez que realizáramos la acción, dijo, debíamos dispersarnos y no volver a encontrarnos hasta el día siguiente. Si se dificultaba reunirse en las canchas de basquetbol del parque que se encontraba contiguo al local sindical, íbamos a juntarnos en un cafetín ubicado en los alrededores del parque San José, el de la iglesia achicharrada. Ahora lo urgente era llevar a cabo una observación y confirmar que el vehículo con placas nacionales, es decir, el objetivo, se encontraba donde se suponía que estuviera. Pagamos y partimos al lugar, una colonia de clase media baja llamada Las Colinas, situada a unas cuadras de ahí. Una vez confirmada

la presencia del objetivo por medio de una señal previamente acordada, Mauricio y yo nos plantamos de periféricos en los lugares indicados por Chepe. Tres o cuatro minutos después vimos aparecer a Salomón y a otro compañero. Cargaban un recipiente de gasolina y una bolsa de supermercado. Por el rabillo del ojo vi el vehículo, un pick-up blanco con placas nacionales. Con la mayor tranquilidad del mundo, Salomón se acercó a la máquina, y como si se hubiera ofrecido a lavarla sin costo, la roció tranquilamente con el combustible, y después de vaciarlo metió el recipiente debajo del tanque de gasolina. De seguir las cosas por ese rumbo, pensé, iba a necesitarse mucha gasolina. Mientras con un ojo seguía los movimientos de Salomón, con el otro observaba la calle: todo tranquilo. La noche descendía como un pulpo que se aposenta en el fondo del mar. Rutina. Autobuses descargando carne extenuada. Obreros o estudiantes que llegaban a casa o que iban de compras a la tienda de la esquina. Máquinas abarrotadas, apestosas a diésel y sudor. Pupuserías en que empezaba a crepitar la grasa. Mauricio, que dominaba enteramente la carretera, estaba presto a dar la señal en caso de que el enemigo se presentara. En ese momento, el compañero que acompañaba a Salomón se plantó a dos metros de la máquina, estrelló el jugo contra ella y enseguida el pick-up estalló en llamas. No había tiempo de ser sentimentales. Al darse la orden de dispersión, Mauricio y yo nos retiramos a una parada de autobuses lejana y abordamos un autobús que nos dejó frente a la Universidad. Aparentemente, la noticia de los acontecimientos ocurridos en el centro se propagó hasta el norte de la ciudad, donde nos encontrábamos, pues ahora la gente se apresuraba a refugiarse en sus viviendas. Me despedí de Mauricio y me encaminé a mi casa. Debía recorrer un camino de tierra que corría al costado sur de la Universidad, entre

esta y La Fosa, que era el nombre del tugurio ubicado cerca de la colonia. En los viejos tiempos solía transitarlo, por lo usual a pie, bien entrada la noche, de regreso a casa después de tontas correrías. A pesar de la cercanía del tugurio, nunca fui atracado, aunque la verdad no poseía nada que los ladrones pudieran codiciar. El camino de La Fosa daba a veces la impresión de ser un retazo de desierto. A mis pies les encantaba, especialmente si lo cruzaba después de fumarme un porro. Prendí un cigarrillo. Noche sin luna, sin estrellas fugaces, sin grillos. Llegué a la colonia y saludé al sereno, que en ese momento iniciaba sus rondas con un silbatazo agudo que se hundió en las suaves tinieblas. Este hombre vivía en una casucha equilibrada en la punta de un penacho que se elevaba entre la colonia y la universidad, lo único que respetaron las cuchillas de los tractores cuando rodaron sobre la antigua finca donde ahora se elevaban nuestras viviendas clase-medieras. Pasé por la casa de las Peccorini. Pasé por la casa de Lupita. Su gata, Mesalina, se asomó entre las cortinas. Aunque me reconoció, se mostró impasible. Lupita no estaba a la vista, aunque sí el jeep de Álex, su hermano mayor. Ella lo manejaba ocasionalmente y era una de las cosas que más me gustaban de ella. De tener una hija alguna vez, me decía, querría que se pareciese a Lupita. Agradecí que no estuviera a la vista, pues no tenía ganas de conversar con nadie. Llegué a casa. Mamá no llegaba aún, lo que me afligió un poco. Abrí el refrigerador y encontré cuajada y casamiento en un plato. Me moría por un trago de whisky (nadie tocaba la botella desde la última vez que yo la usé), pero tenía que madrugar. Destapé una gaseosa y eché una mirada al calendario: no tendríamos luna llena antes de tres semanas y media. Después de comer, prendí un cigarrillo. Lo hallé delicioso. Luego prendí otro. Una vez en mi cuarto, sintonicé la radio en busca de

noticias. Lentamente, golpeteado por las imágenes del día, me hundí en la oscura tierra de todos.

5

05:30 HORAS. Las pepas bien abiertas, escozor, sombras. Ese par de criaturas contrahechas, oreándose quizá para siempre en la esquina del cuarto eran mis viejos zapatos de basquetbol, recuerdo de mi juventud dilapidada y absurda. En algún otro lugar, tal vez en esa caja polvosa del closet, dormía mi infancia como un bebé fallecido sin darse cuenta. Pensé en Mimi. Estaría sola, angustiada. Necesitaba verla de inmediato. Me introduje al baño en pinganillas, me topé con el espejo y mi nueva cara —la que me estaba naciendo—, me produjo un sobresalto. Me lavé. El domingo moradeaba a través de la ventanilla del baño. Contra toda lógica el radionoticiero difundió una nota conmovedora y absolutamente inesperada: la huelga de la fábrica de bebidas se daba por terminada, la patronal iba a cumplir casi todas las demandas de los obreros, estos se aprestaban a entregar las dos plantas, las labores iban a reanudarse el lunes. No se mencionaba para nada el cerco, el muerto, las

tanquetas, los guardias, el helicóptero o las columnas de humo. La Ley de seguridad y orden público prohibía a los noticieros ser específicos. Con razón nunca conocí a ningún aspirante a periodista. Cuando hice la primaria mis congéneres soñaban con ser policías, médicos, científicos locos, vaqueros o militares, pero no recuerdo a ninguno que mentara la palabra periodismo. Mientras preparaba el café prendí un cigarrillo con la soflama azul de la estufa y me dediqué a pergeñar un mensaje (mi madre y yo siempre estábamos dejándonos mensajes en el aparador, razón por la cual nunca faltaba ahí lápiz y un bloc de papel): «Madre: salgo para atender un compromiso. Hay café en la cafetera (espeso como a ud. le gusta). Estoy con compromisos. No me guarde cena. Quizá podamos ir al mar en tres semanas: tendremos luna llena. Todo bajo control. Beso, Guille».

Claro, sería posible ir al mar en una de las máquinas de mi tío, amo de dos e incapaz de conducir las simultáneamente.

Moradeaba el día. Sus colores eran lo mejor del país, compensaban la matanza de nuestras aves ávidamente perpetrada por la niñez: no había un solo mocoso que no llevara consigo una hondilla y una o dos piedras redondas y pulidas en el pantalón por si acaso se presentaba un pájaro. Esto me hizo recordar los días en que cursé el quinto grado. Una vez nos llevaron al único museo de historia del país, el «David J. Guzmán», donde supuestamente tenían una momia en exhibición. No pudimos verla: el museo estaba cerrado ese día (en mi provincia nunca hubo el menor respeto por los horarios). Para resarcirse del fiasco, mis compañeros se dedicaron a lapidar un sapo que pillaron en el fondo del estanque que se encontraba frente al edificio. Yo me dediqué a observarlos, entre aburrido y taciturno. Detestaba a mis compañeros. Al único que recordaba con

respeto era a Ricardo Aragón. Su padre era italiano, y según supe más tarde, se llevó a la familia de vuelta a su país, lo cual me pareció una excelente idea. Ricardo era fuerte, ágil y valiente. Una vez me confió que su padre le tenía advertido que si alguna vez se presentaba en casa con un ojo amoratado, le iba a propinar una paliza. A lo largo de toda la primaria, Ricardo obtuvo siempre las mejores calificaciones de la clase, lo que, bien pensado, era un peso enorme para un niño. En fin, después de apurar el café enrumbé al redondel de autobuses. En el camino me topé con un soldado, aparentemente de licencia, cuatro o cinco años menor que yo, y muy desnutrido. Me dio los buenos días.

—Buenos días, señor, respondí con una sonrisa de cadejo bueno.

Sobre la rotonda, semejantes a actores de un circo de dos dimensiones, se movían los colores del amanecer. Más allá, encima de un collado dormitaba el cuartel de policía de la zona, áspero, hosco y desvaído entre las brumas de la madrugada. La segunda máquina que se metió al redondel resultó ser mi autobús, lo cual consideré una buena suerte pues en ese momento vi aproximarse una patrulla de la Policía Nacional, y prefería no tener que responder a preguntas mal intencionadas. Los policías son unos perversos en todas partes, pero lo eran aún más en aquella provincia hirsuta, atravesada por aullidos que pasaban por alegría. Cuando llegué a la colonia de las hermanas obreras trepé la cuesta empedrada que conducía a su casa, muy convencido, eso sí, de que no iba a encontrarlas. Al llamar a la puerta sucedió algo terrible: no pude evocar el rostro de Ana Gladys: una neblina espesa lo ocultaba en algún escondrijo de la memoria. Pasé cinco minutos infructuosos esforzándome por que las neuronas correspondientes se conectaran. Pensé que si hubieran tenido un perro en casa, me habría olfateado y respondido con ladridos, lo que ha-

bría sido al menos un consuelo para mí. Por lo visto, nunca se les pasó por la cabeza conseguir uno, ni siquiera un gato. Permanecí estático quién sabe por cuanto tiempo, sopesando cuál debía ser mi próximo paso. Al final prendí un cigarrillo y eché a andar por los alrededores. Era muy temprano para iniciar el viaje a las canchas de basquetbol donde nos había citado Salomón, y muy tarde para regresar a casa. Decidí dar un rondín para matar el tiempo, lo que me llevó a la orilla de un barranco. En la distancia, alborotados por el sol naciente, verdeaban unos cafetales alrededor de un cerro de espesa vegetación, y me dije que alguna vez me gustaría explorarlo. Pero puesto que me encontraba al pie de un basurero, la hedentina me obligó a reanudar mi paseo. Así era el país: el Edén transformado en porquería. Después de caminar unas cuadras tomé una decisión: iría inmediatamente a conseguir un chucho para Ana Gladys y Mimi... No, mejor un pájaro: un canario o algo parecido, una criatura cantora. Bajé la cuesta aligerado por mi decisión. Puse norte al mercado, donde no faltaría quien me explicara cómo se consigue un canario, hasta era posible que me lo vendieran ahí mismo. Las últimas tinieblas se disolvían sin lamentos en el espacio. Empezó a derramarse una luz colosal y compacta, que caía sobre las piedras y los tejados y las cosas duras y blandas del día, una luz que tendía un tablado prodigioso sobre el cual empezaban a moverse los personajes de ese domingo, en cuyo seno se agitaban, se retorcían y colisionaban los destinos, como plancton marino. Entonces, las vi aparecer. Trepaban la cuesta conversando, precedidas por sus finas sombras. Al principio, debo admitirlo, no las reconocí. Me confundió la gorra que llevaba puesta Ana Gladys (no recordaba haberse la visto antes, ni siquiera cuando servía el café en la fábrica de cervezas) y su forma de ocultar el cabello dentro de ella como si fuera un animal herido en su madriguera.

Luego adiviné sus ojeras, que tanto tendrían que contar. Se veía más delgada de lo usual ¿o sería el efecto de la luz matinal, que tiende a adelgazarnos? Qué contraste con las Ana Gladys que yo había conocido hasta entonces. No se parecía en nada, por ejemplo, a la muchacha que traté de evocar frente a la puerta de su casa hacía unos minutos. Al final nos juntamos, las estrujé y entramos juntos a la vivienda. Automáticamente, sin pedir permiso, me dediqué a preparar una tortilla tal como se las cocinaba a mamá cuando no estaba enfrascado en alguna misión importante. Debía conseguirles café de calidad, el que bebían apenaba (vergüenza ajena, que le dicen). En cuanto a la tortilla, el secreto consiste en que el aceite se encuentre bien caliente, y entonces, sólo entonces, se vierten los huevos, previamente batidos pero no en exceso. En caso de haber cebolla, se cortan algunas rodajas finas y se ponen a dorar antes de agregar los huevos, eso les da sabor. No bien les pasó la sorpresa de ver a un varón cocinando, y mientras yo abría una latita de petit-pois que encontré en su pobre alacena, Ana Gladys se puso a narrar lo sucedido por segunda vez ese día, pues de seguro ya le habría contado la historia a Mimi por lo menos dos veces en el trayecto a la casucha.

Que conste: uso mis palabras, pues me resulta imposible recuperar las de ella.

Al arrancar el operativo, pues inmediatamente se dieron cuenta de que se trataba de tal cosa, los jefes de la toma ordenaron levantar barricadas al paso de la tropa, echando mano de todo lo que hubiera: tambos, muebles de oficina, cajillas, fuentes de agua, macetas. Debajo de aquellas pilas plantaron docenas de jugos. Tulio, el encargado de la toma, portaba un megáfono, con el que daba las órdenes, tranquilo, sin sofocarse. Marvín andaba armado con una escopeta y parecía ansioso por usarla. Ante el avance

del enemigo, los compañeros retrocedieron en dirección de los enormes tanques de metal que se encontraban en el interior de la planta, llevando consigo a los ejecutivos y los publicistas. El helicóptero tronaba sobre la planta afanado en seguir sus movimientos. Marvin aseguró que ahí se encontraba el comandante del operativo. Un personaje rubio a quien los compas apodaron El Eléctrico —el publicista mexicano, sin duda— era el más cagado del miedo. Empezó a gritar «no me maten, no me maten», y trajo a cuenta toda su familia. Una vez que la tanqueta rompió el portón de la fábrica se topó con la primera barricada. Al pasar encima de esta reventaron los jugos, y las llantas del animal, que según me habría de enterar más tarde son construidas enteramente de caucho (no tienen recámara) se empezaron a chamuscar. Como algunos de los jugos contenían aceite quemado, la tanqueta también prendió fuego. Ana Gladys pudo distinguir los cascos de los comandos que venían detrás del blindado, y alcanzó a ver que estaban cagados del miedo. También divisó los enormes tanques de aluminio de la cervecería, aquellos que durante mi visita a la planta me parecieron enormes ídolos metálicos. Tulio y Marvin se metieron a una oficina con otros dos compañeros. Tulio cogió un teléfono y se puso en contacto con los representantes de la patronal. Fue una sentencia: si los guardias continuaban su avance, volarían los tanques de ácido, la planta y todo lo que se hallara en su interior, ellos incluidos. Nunca antes, advirtió amenazante, se había visto en el país fuegos artificiales como los que iban a desatar si el operativo seguía adelante. Sería el fin de la planta y de la industria cervecera en el país. Se trataba indudablemente del plan B. En ese momento, tronaron ráfagas en el interior del edificio. Marvin cogió el megáfono y repitió la misma amenaza a los guardias... No pasó ni un minuto cuando una persona muy importante se puso al teléfono en

la otra línea. Tulio y él se cruzaron algunas palabras, imperiosas al principio, juiciosas después. Al ver a gente tan resuelta en derredor suyo, Ana Gladys se sintió conmovida e igualmente dispuesta a todo. La muerte, la posibilidad de ser borrados era inminente. De pronto, el operativo se detuvo en seco y los guardias empezaron a salir por el portón, a lo que sucedió un silencio espeso en el que nada se movía. Así transcurrió aproximadamente una hora. Oscurecía. Entró una delegación de gente importante a la fábrica y se produjo una reunión que dilató una hora, quizá más. El cerco militar se esfumó. Hubo firmas y una declaración... Tulio leyó el acuerdo final. En la madrugada llegaron a las plantas varios microbuses y la mayoría de los obreros se marcharon. Ana Gladys, junto con un grupo de compañeros, desembarcó en el local sindical, donde la esperaba Mimi.

Corté la tortilla y la serví en platos de peltre, de esos que suele hallarse en casa de los obreros. Por segunda vez reparé en la forma de comer de Ana Gladys, con los dedos y ayudándose con la tortilla. Así solía hacer mi aya (desde la muerte de mi padre no alcanzaba la plata para contratar una doméstica) allá en la lejana niñez. Las hermanas bebieron ese café instantáneo, horrible, que se expende en sobrecitos amarillos en mi país. Yo me negué a probarlo, así que Mimi salió a comprarme una gaseosa. Por primera vez, tome en la mía la mano de Ana Gladys. Al principio recordaba un pajarito herido en un lecho de hojas secas... mano de joven obrera: levemente estropeada, uñas sin esmalte, los residuos del día en sus intersticios. Nuestras frentes se juntaron (por suerte Ana Gladys ya no tenía puesta la gorra) en mitad del comedor, iluminadas por los rayos oblicuos del sol. Tomé un mechón de su cabello. Negro, fino, brillante a pesar del desvelo y el café barato. De nuevo le hallé un enorme parecido a Katharine Ross, pero

no se lo mencioné, pues ¿qué iba a saber ella de Katharine Ross? Deslicé lentamente el dorso de mi dedo índice por su mejilla izquierda. A continuación, Ana Gladys apoyó su cabeza en mi hombro. Yo había hecho cosas parecidas antes con muchachas, por supuesto, pero aquella fue la primera vez que me atreví con una obrera. Me zambullí con deleite en el mundo que mi padre, pretencioso —una vez le oí decir que todas sus amistades eran gente de reales— despreciaba cuando vivo. Permanecimos callados mientras nos explorábamos mutuamente, ávidos de contacto como náufragos adolescentes. En momentos tales es poco lo que se puede decir. Es preferible cerrar los ojos y oír la respiración del ser amado. Sin embargo, por alguna razón me pregunté si Ana Gladys había contemplado alguna vez el mar. Si no, tenía que llevarla a darse una zambullida antes que se declarara la guerra. Podríamos ir ella, mamá y yo, un trío en comunión perfecta... y con nosotros las olas, el olor a pescado, yodo, sal, tragos lentos de ron. Que yo supiera, mi madre no tenía nada en contra de las obreras.

En el momento que coloqué mi mano en la rodilla de Ana Gladys, que fue lo que más me excitó esa mañana, oímos regresar a Mimi. Nos separamos como por común acuerdo (me encanta tener complicidades con muchachas, lástima que no se pueda hacer más seguido). Mimi destapó la bebida, y mientras yo me la empinaba se dedicó a platicar con Ana Gladys, como si yo no estuviera presente. Hablaron de la familia... Padres, hermanos, abuelos, ecos de miserias, traiciones, incesto. Un grupo maltratado pero irremisiblemente unido. Mientras más separados, más se adoraban. Por primera vez tuve conciencia perfecta de que el país no estaba hecho solamente de mis recuerdos de infancia, de las juergas pueriles de juventud, de mis conversaciones con los cipreses o los bailes de los viernes por la

noche, en que ceñía a Lupita en conatos de amor y muerte, generalmente después de unos cruces inolvidables con ron y marihuana con fondo musical de los Bee Gees o Santana. Era una necedad sin nombre pretender idealizar a los obreros. El futuro quizá les correspondiera, pero el pasado y el presente los traspasaba con todos sus fierros. De repente pensé: ¿qué sería del mundo si la revolución triunfaba? ¿Infectarían los revolucionarios las radios con su música? ¿Desaparecerían el rock y la minifalda? ¿No habría ya más mota y algazara? Quizá fuese mejor idea, medité, conducir a todo el mundo a la clase media... a los obreros y a los burgueses, y de ser posible a los campesinos. Aunque pensándolo bien, lo que yo pretendía hacer con Ana Gladys, con la ayuda del Quijote, iba más allá de eso. No todo es ideología.

Por el resto del día me olvidé del local sindical y de Salomón. A la hora en que el sol se instala en el cénit acompañé a las muchachas a un comedor preferido de ellas, cuya especialidad era una tal sopa de patas, otra confirmación de que los platos típicos del país, como decía mi padre, infame extranjero con irritante desdén, eran confecciones a base de desperdicios. Sin embargo, la sopa no sabía mal, sólo que al momento de tocar el hueso, que era como el héroe principal de esa comidilla, no supe que hacer con él, y por respeto a mí mismo lo arrinconé en la orilla del plato.

Esa tarde, después que regresamos a la casucha, Mimi se ausentó. Por primera vez me hundí en la carne de Ana Gladys (siempre, desde tiempos inmemoriales, cargaba un par de condones en la billetera, por eso se veía tan gruesa). Mi hora favorita para coger es a eso de las dos o las tres de la tarde, lo que atribuyo al tipo de luz predominante en ese momento, que me permite contemplar nítidamente mi obra, pues nada me gusta más que verme en acción. La primera vez que la penetre ni siquiera tuve que

ordenarle que se quitara el vestido, bastó bajarle los calzoncitos (adorablemente toscos, por cierto, pues no pude evitar compararlos con los de Lupita). Me encantó su sentido de la cadencia y su disposición al placer. Era lo que yo necesitaba. Nada me excita más que la hembra que pide más y más, que pugna desesperadamente por alcanzar el cielo, que reclama como un derecho ancestral. Alguna vez, me propuse, debía escribir un pequeño manual ilustrado al respecto. El resto de la tarde, casi hasta el anochecer, la escuché hablar. El mural de su mundo obrero desfiló ante mí como un largometraje hallado en un refugio atómico. Es que, pensándolo bien, nunca antes la escuché expresarse con tanta seriedad. Siempre era yo el que hablaba. Abordó aspectos de la toma y el asedio a la fábrica que me sorprendieron, por ejemplo, el grado de promiscuidad que existía en las relaciones entre los compañeros más novatos, revelaciones que seguramente se me hubieran escapado aun estando ahí. Con seguridad que Ana Gladys había alcanzado la madurez antes que yo, pese a mis denodados esfuerzos por envejecer antes que nadie.

—Me caes bien, le susurré al final del tercer polvo.

Ella, por toda respuesta, me atenazó con sus piernas.